

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Guzmán-Peñuela, L. (2019). Reseña de La vida de las líneas, de Tim Ingold. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 21(2), 207-210. DOI: 10.17151/rasv.2019.21.2.10

## *La vida de las líneas*

Tim Ingold (Ana Stevenson, trad.)

Santiago de Chile: Ediciones Universidad

Alberto Hurtado

2018

LAURA GUZMÁN-PEÑUELA\*

Recibido: 15 de marzo de 2019

Aprobado: 22 de abril de 2019

¿Será que es por saber demasiado que parecemos incapaces de prestar atención a lo que pasa a nuestro alrededor y responder con cuidado, con juicio y sensibilidad? Tim Ingold

**L**a vida de las líneas ofrece a la antropología un original cuerpo de conceptos inspirado en la lineología para abordar la vida social sin reducirla a la humanidad; así como una refrescante actitud frente a la disciplina. En este libro de 30 capítulos cortos agrupados en tres partes, Tim Ingold nos invita a buscar modos y palabras más adecuadas para hacer antropología en un mundo viviente. En él cada vida (animal, vegetal, humana, mineral o de las cosas), es un atado de *líneas* que se entrelazan unas con otras. El *nudo* es el principio de unión de los seres en el mundo y la manera como éste se constituye y crece, dando origen a una *mall*a o *meshwork* como conjunto de vidas o líneas entrelazadas.

---

\* Antropóloga, Magíster en Educación. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, Boyacá, Colombia. E-mail: laura17guzman@gmail.com.  ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4034-4903>. [Google Scholar](#).



En la primera parte del libro, “Anudando”, Ingold ofrece los conceptos de malla y nudo como salida a la tan socorrida metáfora de la “construcción”: del territorio, el paisaje, la naturaleza, el mundo, la enfermedad... en las ciencias sociales. Mientras esta última nos remite a un ensamblaje estático de cuerpos rígidos, unidos en su exterioridad sin afectarse entre sí y edificados con arreglo a un diseño calculado previamente, contenido en la mente de un sujeto o en “la cultura”. En una maraña o *malla* de líneas anudadas, estas no se encuentran desde los límites de su exterior, sino que al enlazarse unas y otras crean un espacio de unión, *entre-medio*. Las líneas son moldeables, por eso cuando las cuerdas se desanudan conservan memoria de la forma que tenían previamente, al contrario de los sólidos ladrillos que componen la “construcción”:

La forma de una cosa emerge de moldearse mutuamente en medio de una junta de fuerzas que son al mismo tiempo maleables y friccionales, establecidas a través de la participación del practicante con materiales que tienen sus propias inclinaciones y vitalidad. (Ingold, 2018, p. 48)

Mientras los ladrillos del mundo construido, con límites definidos, incapaces de ser afectados por los otros, interactúan, las cuerdas están con las otras y corresponden.

“Erosión” es el segundo conjunto de capítulos. Allí se propone que es en las atmósferas (la experiencia del tiempo; a la vez cronológico y meteorológico, el aire, la luz, el color, los afectos y el sonido), un espacio intersticial o *entre-medio*, donde se encuentran las líneas y se anudan: al mismo tiempo dentro de la atmósfera y la atmósfera dentro de ellos. Ingold plantea, siguiendo la fenomenología de Merleau Ponty, que en la experiencia de las atmósferas no habría sujetos, ni objetos de la percepción: “percibir cosas es, a la vez, ser percibido por ellas”, esto se llama reversibilidad. Pero, ¿qué ocurre con los seres no sintientes como las rocas, los árboles, los glaciares o las piedras que no nos ven, escuchan o tocan de vuelta como lo harían seres con orejas, ojos o manos? Como respuesta aparecen las líneas: la superficie de la piedra lanza líneas que se unen *con* la mano. “El arqueólogo no sólo toca la piedra sino que toca con ella — con manos que ya conocen dureza, suavidad, aspereza y lisura—” (Ingold, 2018, p. 127). El arqueólogo toca con la piedra porque con esta ha aprendido, o se ha enseñado, y porque sus manos devienen en un cierto tipo de manos gracias a *estar con* ella. Con esto no se está refiriendo a un fenómeno que otros autores llaman agencia de los objetos: “La agencia debe caerse de la acción y la intencionalidad de la conciencia” (p. 176). La agencia debe subordinarse a la vida.

En la tercera parte los capítulos se agrupan bajo el título de “Humanar”. Con él se refiere a que la humanidad no está dada *a priori*, sino que resulta en medio de un constante hacerse o devenir con el mundo. Ingold argumenta que los seres humanos no imponen una forma prediseñada en su mente sobre el entorno, como si éste fuese neutral, sino que las formas emergen “dentro del campo de las relaciones”. Así, propone que la vida está guiada más por la *atención* que por la intención. Desde una perspectiva cognitiva e intencionalista, los humanos se encuentran sumidos en sus deliberaciones: “una mente que está operando desde el interior del actor, dándole propósito y dirección”. Pero el hacer no va de la mente hacia la cosa, sino que ambos; hacer y cosa, surgen al tiempo. Más bien los seres se encuentran inmersos en atmósferas, en continua e íntima sintonía con la percepción, pues sólo de este modo, respondiendo a lo que el mundo presenta y haciendo lo que permite, es posible avanzar. Esperar, poner cuidado y obedecer; es prestar atención. Como el caracol de la portada de la edición en español, en un movimiento de recoger, el caminante toma de la atmósfera lo que hay en ella para poder avanzar posteriormente, lanzando una línea que se anudará con otras.

También es posible encontrar a lo largo del texto llamados de atención, si se quiere metodológicos, que tienen mucho que decirle a los estudios cualitativos frente a la naturaleza del conocimiento de quienes nos enseñan en campo y la manera como nos aproximamos a ellos. Por ejemplo, cuando plantea la relación entre el suelo y el conocimiento. Quienes caminan y trabajan la tierra, la roca o habitan una cueva, perciben y experimentan el suelo como una superficie interpenetrable, abigarrada, compuesta de diversas líneas y nudos, en continua generación y regeneración debido a que en ella las sustancias de la tierra se unen con las atmosféricas. Para el caminante el conocimiento está en el movimiento y en toda una vida *con* el camino, gracias a la cual aumenta cada día su capacidad de respuesta y de hacer, a un tiempo construye y despliega lo que conoce. Este no es un conocimiento “clasificador sino narrado, no es totalizante y sinóptico, sino abierto y exploratorio” (Ingold, 2018, p. 79). Si se considera al suelo, como suele hacerse, desde la perspectiva moderna, como una superficie dura e inerte, ¿qué le queda al caminante para conocer? Caminar solo sería un movimiento y el profundo conocimiento, desprovisto de asidero, se desvanecería.

Al final de la lectura no termina de quedar claro si los caminantes, navegantes y habitantes del mundo son el autor mismo, o sus colegas escoceses, o indígenas, o campesinos, o todos, y esto puede ser interpretado como una grave desatención frente a las condiciones de vida humana. Sin embargo, el texto tiene dos aspectos que se encuentran en estrecha correspondencia con los mundos campesinos e indígenas y atienden sus

maneras de vida. En primer lugar, hace un necesario llamado a la humildad cuando señala que conocer demasiado nos quita la posibilidad de mirar con asombro, sorpresa y perplejidad lo que vemos. En un tiempo en que los drones son otro instrumento del trabajo de campo antropológico, quizá para lograr uno más aséptico y menos contaminado por los “otros” y sus formas de vida; Ingold nos invita a rechazar la vista panorámica para conocer desde dentro; a dejarnos enseñar y a reconocer que cuando vamos a campo, lo hacemos porque no sabemos y necesitamos ser educados. En segundo lugar, bajar de la vista cenital al mundo de la vida implica atender a sus labores: “La vida está llena de nuestros quehaceres; una vida es aquello a lo que cada uno de nosotros necesariamente tiene que someterse” (Ingold, 2018, p. 200). Así, plantea la necesidad de “una metodología pobre” en vez de una abundante en técnicas y dispositivos de extracción de información, en la que los medios se convierten en fines; habiendo terminado de aplicar una elaborada propuesta metodológica deja de ser relevante lo que el campo tenía para enseñar y niega cualquier ejercicio de atención y correspondencia.

Aunque uno pensaría que un texto que propone conceptos y nociones puede ser odioso o grandilocuente, el tono de la obra es sencillo y sus argumentaciones suficientes, lo que permite una lectura fluida de sus poco más de 200 páginas. Es necesario agradecer la traducción en español del libro, debido a que gran parte del trabajo de Ingold se encuentra solo en su idioma original. Sin embargo, algunos errores de edición, así como la ausencia de la bibliografía, por lo menos en el ejemplar que consulté, pueden dejar algún sinsabor a los lectores.

Si bien el texto no es prolífico en ejemplos o referencias etnográficas y, en cambio, plantea discusiones con Marx, Kant, Merleau-Ponty, Deleuze y Guatari, James Gibson, Bachelard y Ortega y Gasset, entre otros; cada una de las partes del texto le habla directamente a la antropología y especialmente a quienes hacen trabajo de campo, con una gran sensatez y sensibilidad para reconocer la vida en el mundo y sus seres. Después leer *La vida de las líneas*, no solo podremos reevaluar términos infértiles para referirnos a la vida, también se habrá ampliado el espectro de los fenómenos a considerar en nuestro trabajo en terreno y aumentado nuestras curiosidades, pues las reflexiones a propósito del suelo, los fenómenos atmosféricos, las cosas y los nudos, solo son provocaciones para perseguir esas líneas de trabajo en los mundos con que aprendemos.

## Referencias bibliográficas

Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas* (Ana Stevenson, trad.). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.